

Revista Aragonesa de Teología

Año XV - Nº 29 - 2009

Enero-Junio



Revista Aragonesa de Teología

CENTRO REGIONAL
DE ESTUDIOS TEOLÓGICOS DE ARAGÓN
2009

Edita:

C.R.E.T.A.

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón

Dirección:

José Alegre Aragüés

Comité de Redacción:

Pedro Fraile Yécora

Carlos Tartaj Sánchez

Julián Ruiz Martorell

José M.^a Andreu Celma

Confección y maquetación:

Sdad. Coop. Librería General, S.L.

Administración:

C.R.E.T.A.

Ronda Hispanidad, 10

50009 Zaragoza

Tel. 976 467 378

Suscripciones:

Secretaría del CRETA

Impresión:

Sdad. Coop. Librería General

ISSN: 1135-0447

D. Legal: Z-169/95

SUMARIO

	<u>Pág.</u>
EDITORIAL	5
1. <i>La Misión de la Iglesia</i> Ernesto J. Brotóns Tena	7
2. <i>El drama íntimo de Pablo: el amor por su pueblo</i> Tomás Otero	27
3. <i>Ecología en la Biblia</i> José María Samper Calvete	39
4. <i>La sacralización del agua</i> Juan Antonio Gutiérrez Curieses	53
5. <i>Despiertos para soñar contigo</i> Equipo diocesano de Pastoral juvenil	75
6. <i>Caminos de Pastoral Rural Misionera en esta tierra y en esta hora</i> Jesús Jaime Navarro	81
7. <i>Baltasar Gracián o la ética cristiana</i> José M.^a Andreu Celma	93

AVISO A NUESTROS LECTORES:

Dé a conocer nuestra Revista.

Suscríbase y domicilie la suscripción.

Envíenos los datos de su entidad bancaria junto con el número de su cuenta. Recuerde que deben ser veinte los dígitos que constituyen el conjunto de los datos bancarios. Le agradecemos que lo haga así por la facilidad que significa para nosotros el cobro de la suscripción anual.

NUESTRA DIRECCIÓN ES:

CRETA
Ronda Hispanidad, 10
50009 Zaragoza

EDITORIAL

¡¡QUÉ TIEMPOS!!

Dadas las características de los tiempos que corren y la preocupación de muchos miembros de la comunidad cristiana, conviene releer algunos párrafos de la homilía que Benedicto XVI pronunció en una ordenación sacerdotal el 7 de Mayo de 2006. Aunque elegimos algunas partes, recomendamos su lectura íntegra en la web de la Santa Sede.

Comenta el párrafo Jn 10,11-18; la parábola del Buen Pastor y dice: “Antes de reflexionar sobre las características esenciales del pastor, quizá sea útil recordar brevemente la parte precedente del discurso sobre los pastores en la que Jesús, antes de designarse como Pastor, nos sorprende diciendo: “Yo soy la puerta” (Jn 10, 7). En el servicio de pastor hay que entrar a través de él. Jesús pone de relieve con gran claridad esta condición de fondo, afirmando: “El que sube por otro lado, ese es un ladrón y un salteador” (Jn 10, 1).

Esta palabra “sube” (anabainei) evoca la imagen de alguien que trepa al recinto para llegar, saltando, a donde legítimamente no podría llegar. “Subir”: se puede ver aquí la imagen del arribismo, del intento de llegar “muy alto”, de conseguir un puesto mediante la Iglesia: servirse, no servir. Es la imagen del hombre que, a través del sacerdocio, quiere llegar a ser importante, convertirse en un personaje; la imagen del que busca su propia exaltación y no el servicio humilde de Jesucristo.

Pero el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. Esta es la verdadera subida, esta es la verdadera puerta. No desear llegar a ser alguien, sino, por el contrario, ser para los demás, para Cristo.

Consideremos ahora más atentamente las tres afirmaciones fundamentales de Jesús sobre el buen pastor. La primera, que con gran fuerza impregna todo el discurso sobre los pastores, dice: el pastor da su vida por las ovejas. ...Dar la vida, no tomarla. Precisamente así experimentamos la libertad. La libertad de nosotros mismos, la amplitud del ser. Precisamente así, siendo útiles, siendo personas necesarias para el mundo, nuestra vida llega a ser importante y bella. Sólo quien da su vida la encuentra.

En segundo lugar el Señor nos dice: “Conozco mis ovejas y las mías me conocen a mí, igual que el Padre me conoce y yo conozco al Padre” (Jn 10, 14-15).

Obviamente, las palabras de Jesús se refieren también a toda la tarea pastoral práctica de acompañar a los hombres, de salir a su encuentro, de estar abiertos a sus necesidades y a sus interrogantes. Desde luego, es fundamental el conocimiento práctico, concreto, de las personas que me han sido encomendadas, y ciertamente es importante entender este “conocer” a los demás en el sentido bíblico: no existe un

EDITORIAL

verdadero conocimiento sin amor, sin una relación interior, sin una profunda aceptación del otro.

Por último, el Señor nos habla del servicio a la unidad encomendado al pastor:

La Iglesia antigua encontró en la escultura de su tiempo la figura del pastor que lleva una oveja sobre sus hombros. Quizá esas imágenes formen parte del sueño idílico de la vida campestre, que había fascinado a la sociedad de entonces. Pero para los cristianos esta figura se ha transformado con toda naturalidad en la imagen de Aquel que ha salido en busca de la oveja perdida, la humanidad; en la imagen de Aquel que nos sigue hasta nuestros desiertos y nuestras confusiones; en la imagen de Aquel que ha cargado sobre sus hombros a la oveja perdida, que es la humanidad, y la lleva a casa. Se ha convertido en la imagen del verdadero Pastor, Jesucristo. A él nos encomendamos. A él os encomendamos a vosotros, queridos hermanos, especialmente en esta hora, para que os conduzca y os lleve todos los días; para que os ayude a ser, por él y con él, buenos pastores de su rebaño. Amén”

La Misión de la Iglesia

La imagen del Siervo de YHWH como paradigma eclesial¹

Rev. Aragon. Teol. 29 (2009)

Ernesto J. Brotóns Tena

1. FUNDAMENTOS DE LA MISIÓN: LA IGLESIA INSERTA EN EL MISTERIO DE CÓMO DIOS AMA EL MUNDO

No es fácil permanecer ajenos al violento examen crítico al que la Iglesia es sometida hoy en día por el hombre y la sociedad. Ello nos obliga a preguntarnos, quizá con más intensidad que nunca, por el fundamento de nuestra misión e identidad; no para adoptar una actitud a la defensiva, sino para dar razón de nuestra esperanza y ubicarnos, sin nostalgias ni miedos, en unos tiempos ni mejores ni peores que otros, sólo, distintos.

Para responder, la Iglesia sabe bien que sólo puede mirar a su Señor. Ella no nace como consecuencia de una ideología, ni del recuerdo nostálgico de la causa de un difunto fundador. Conoce bien cuál es su origen, cuál es ese acontecer que aún hoy nos alcanza. En palabras de 1 Juan: “Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1 Jn 4,16). En definitiva, “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona (...) Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna”².

1.1. La Iglesia en el corazón del Dios uno y trino

En virtud de este encuentro, la Iglesia se sabe referida al misterio de cómo Dios ama al mundo. Eclesiología y soteriología se abrazan. La Iglesia no se pertenece a sí misma, de la misma forma que no puede darse a sí misma. Su fundamento, su misión y su destino remiten más allá de sí. Recogiendo el sentir de la carta a los Efesios y de los Padres, el Vaticano II nos ha recordado cómo la Iglesia tiene su origen en ese misterio entrañable del Dios uno y trino que quiere compartir su vida divina con el

¹ Ponencia dada en las XIV Jornadas del Teología del CRETA el 12 de febrero de 2008.

² Benedicto XVI, *Deus Caritas est* 1.

hombre³. En Él vivimos, nos movemos y existimos (Hch 17,28). Hacia Él, Dios uno y trino, fuente y modelo de comunión, caminamos abrazados a toda la Humanidad⁴.

Nos movemos, por tanto, en el ámbito del don. Dios Trinidad quiere, por amor y en libertad, hacernos partícipes de su danza beatificante de comunión y amor. En lugar de replegarse sobre sí mismo, Dios se desborda y se regala generando comunión y vida. Al dictado del amor, la comunión se convierte en «misión», entrega, don que afecta al interior del corazón mismo de la Trinidad. Todas las personas divinas se implican activa y conjuntamente. El Padre envía al Hijo y al Espíritu al interior de la creación para hacerla más y más semejante a la «communio» divina y albergarla en ella para siempre. En este contexto se comprende la importancia del concepto trinitario de «misión», fuente y paradigma de toda «missio»: Por amor, sólo por amor, el Logos y el Espíritu son enviados para que tengamos vida y vida en abundancia (Jn 10,10)⁵.

En consecuencia, lo decisivo y radicalmente nuevo no es que vayamos hacia Dios, sino que Dios sale a nuestro encuentro. Dios mismo se pone en juego para «comulgar con la creación», para «comulgar con lo humano». Y es Cristo Jesús, el Ungido y dador del Espíritu, el lugar por antonomasia donde Dios nos busca y encuentra⁶. Todo se juega, en definitiva, en un eterno y trinitario «pro nobis» que nos alcanza.

La Iglesia comprende su identidad y misión dentro de la historia trinitaria de Dios con el mundo. Radicada en un Dios que se da, convocada para ser enviada, ella misma se identifica «en» la misión. La misión conferida al Hijo en el plan eterno del Padre va a quedar insertada y continuada en la historia por medio de sus discípulos. “Como el Padre me ha enviado, también yo os envío. Recibid el Espíritu Santo” (Jn 20,21s). No es, por tanto, la Iglesia la que define la misión, sino la misión la que define y constituye la Iglesia. Ésta nace de este envío de Jesús, quien la unge con su mismo Espíritu, para configurarla, en virtud de ese don, en sacramento y heraldo universal de salvación. Si la comunión eclesial manifiesta y ha de manifestar la comunión trinitaria, por la misión, la Iglesia entra en el mismo dinamismo del envío de Jesús y de la comunión con el Espíritu⁷. De esta forma, hunde sus raíces y se apoya en la riqueza del misterio trinitario, para entrar de lleno en el modo en el que Dios uno y trino ha querido salir a nuestro encuentro. Las misiones de las que habla la teología trinitaria constituyen el fundamento y la razón última de su misión.

³ Cf. *Lumen gentium* 2; *Gaudium et spes* 40; *Ad gentes* 2.

⁴ Cf. *Lumen gentium* VII-VIII.

⁵ Cf. G. Greshake, *El Dios uno y trino*, Herder, Barcelona 2001, 472ss.

⁶ “Tu Hijo, mediador tuyo y nuestro, por quien nos buscaste cuando no te buscábamos, y nos buscaste para que te buscáramos”. Agustín de Hipona, *Confessiones* 11, 2, 4 [CCL 27, 196, 47].

⁷ Cf. Juan Pablo II, *Christifideles laici* 18.

Por eso, también en ella «communio» y «missio» se implican⁸. No garantiza su misión más que estando unida al Padre por el Hijo en el Espíritu. Sólo permanece en la comunión cumpliendo la misión para la que Dios le llama. El origen de su comunión es el mismo que el de su dinamismo misionero. No en vano, como ha subrayado la teología oriental, Dios pensó y amó a su Iglesia desde antes de la creación del mundo.

1.2. Sólo una mirada de fe...

Es cierto que para muchos esto supone un escándalo. Nuestra Iglesia es muy humana. Peregrina en la historia, sabe de entrega y de amor derrochado, de fidelidad y santidad, pero también de heridas abiertas y pecados, de cansancios y desencantos. En palabras del P. de Lubac, «si el misterio de la encarnación y de la cruz de Cristo era ya escándalo para los judíos y necedad para los griegos ¡Cuánto más escandalosa y necia parece la fe en una Iglesia en la que lo divino se manifiesta y se nos ofrece necesariamente a través de lo demasiado humano!»⁹.

No es fácil, por tanto, y parafraseando a S. Agustín, «superar la vergüenza por los sacramentos de la humildad del Verbo»¹⁰. La misión divina no se desenvuelve y expande armónicamente. Más bien, en ese «dramático» juego de libertades en el que acontece la historia de la salvación, asume una forma agónica, kenótica, que culmina en la muerte del Hijo en la cruz. Por eso, sólo con una mirada confiada de fe podemos aceptar que la kénosis de lo divino pase no sólo por la desconcertante muerte del Justo, sino incluso por manifestarse soteriológicamente a través de nuestra debilidad, miseria y pecado. En definitiva, se trata de «dejar a Dios ser Dios», y consentir, confiar, aceptar en fe los caminos que Él mismo ha escogido libremente para revelarse y para salvarnos.

⁸ «La comunión genera comunión, y esencialmente se configura como comunión misionera (...). La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión. Siempre es el único e idéntico Espíritu el que convoca y une la Iglesia y el que la envía a predicar el Evangelio «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Por su parte, la Iglesia sabe que la comunión, que le ha sido entregada como don, tiene una destinación universal. De esta manera la Iglesia se siente deudora, respecto de la humanidad entera y de cada hombre, del don recibido del Espíritu (...). La misión de la Iglesia deriva de su misma naturaleza, tal como Cristo la ha querido: la de ser «signo e instrumento de unidad de todo el género humano».» Juan Pablo II, *Christifideles laici* 32. Cf. R. Blázquez, *La Iglesia del Concilio Vaticano II*, Sígueme, Salamanca 1988, 82.

⁹ H. de Lubac, *Meditación sobre la Iglesia*, Encuentro, Madrid 1980, 48. Cf. M. Schmaus, *Teología dogmática* 4, Rialp, Madrid 1960, 26s; H. Mühlen, *El Espíritu Santo en la Iglesia*, Secr Trin, Salamanca 1998, 2.

¹⁰ Cf. Agustín de Hipona, *Confessiones* 8, 2, 4 [CCL 27, 116, 41].

A nadie se escapa que todo esto es «gracia», ni la «responsabilidad» que conlleva¹¹. La Iglesia es «figura de la gracia», expresión viva de que el amor y la santidad de Dios son más fuertes que nuestra debilidad y nuestro pecado¹². Nuestra única seguridad nace del experimentar con corazón confiado la fidelidad de Dios, por lo que no es posible la misión sin esta confianza radical. El “ay de mí si no anuncio el Evangelio” (1 Cor 9,16) no se entiende sin ese “sé de quien me he fiado” (2 Tím 1,12). No en vano, con el salmista, la Iglesia proclama: “El Señor es el lote de mi heredad y mi copa. Me ha tocado un lote hermoso. Me encanta mi heredad” (Sal 16,5-6).

2. EL SIERVO DE YHWH, PROTOTIPO DE LA MISIÓN DE LA IGLESIA

Fiel al proyecto salvífico del Dios uno y trino, la Iglesia se descubre como servidora de Dios y de los hombres, a imagen de su Maestro, que no vino a ser servido, sino a servir y dar su vida por muchos (Mt 20,28)¹³. «Icono de la Trinidad», su misión hacia el mundo no sucede de forma «más barata» que aquella como Dios «es misión»: en el servicio y la entrega, en la tentación y en la persecución, en pobreza y debilidad, en la impotencia, incluso, y en la compasión¹⁴.

No es, por tanto, con la figura de Cristo Pantocrator con la que deba configurarse la Iglesia peregrina, sino, tal como advirtió el Concilio en LG 8, con la de Cristo Servidor, el Hijo de Dios que se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (Flp 2,5ss), el mismo que se ciñe la toalla y lava los pies de sus discípulos (Jn 13,14)¹⁵.

En definitiva, si Dios ha querido dejarse afectar por su historia de la salvación y ser para siempre «Dios de los hombres», la Iglesia no puede recorrer un camino alternativo ni de distinta manera al recorrido por Él. Su existencia es y ha de ser, en

¹¹ *Gaudium et spes* nos recordó la responsabilidad que podemos tener los cristianos en el ateísmo actual. Cf. GS 19. Muchas críticas, rupturas, abandonos no vienen de la razón, sino “de un corazón lleno de amargura, cuyas expectativas han sido defraudadas y que ahora, enfermo y herido en su amor, ve como se desmorona su esperanza”. J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2001, 283.

¹² “Frente a las expectativas humanas de lo puro ¿no se revela en la santidad pecadora de la Iglesia, la auténtica santidad de Dios, el amor que no guarda la distancia aristocrática de lo puro y lo inaccesible, sino que se mezcla con la suciedad del mundo para acabar con ella?”. Ib, 285.

¹³ “La Iglesia se ha declarado casi la sirvienta de la humanidad. Toda esta riqueza doctrinal se orienta en una única dirección: servir al hombre”. Pablo VI, *Discurso de clausura del Concilio 7/12/65*, 13.

¹⁴ Cf. G. Greshake, o.c., 473; D. Bonhoeffer, *El precio de la gracia*, Sígueme, Salamanca 2004.

¹⁵ “Mas como Cristo efectuó la redención en la pobreza y en la persecución, así la Iglesia es la llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación. Cristo Jesús, “existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo” (Flp 2,69), y por nosotros, “se hizo pobre, siendo rico” (2 Cor 8,9); así la Iglesia, aunque el cumplimiento de su misión exige recursos humanos, no está constituida para buscar la gloria de este mundo, sino para predicar la humildad y la abnegación incluso con su ejemplo”. *Lumen gentium* 8.

obediencia y fidelidad al Padre, alentada por el Espíritu, proexistencia, un «ser para los demás», como y desde Jesús Crucificado. “El que quiera venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16,24).

Por eso, considero que la figura del Siervo de YHWH, que alcanza su máxima expresión y cumplimiento en Cristo Jesús, puede ser hoy una categoría perfectamente válida, y, quizá, clave, para comprender el ser y misión de la Iglesia. En las distintas interpretaciones de la misteriosa identidad del Siervo que más han calado en la tradición cristiana, se roza el misterio de la Iglesia: el pueblo elegido, el Mesías, Cristo, Siervo Sufriente por antonomasia. El mismo NT aplica, en determinados momentos, rasgos del Siervo a los discípulos y, en ellos, a la Iglesia naciente (Mt 5,14.16.39; Hch 13,47; 26,17-18). Mas, al igual que sucede con el misterio de la Iglesia, sólo desde la fe puede uno puede atreverse a contemplar al Siervo como una realidad redentora. Nos acerca al modo de hacer Dios las cosas, al modo en el que Dios quiere que hagamos las cosas.

2.1. Contenido de la «missio». “Te pondré como luz de las naciones”

2.1.1. Elegidos para ser luz...

“Mirad a mi siervo a quien sostengo; mi elegido a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi Espíritu” (cf. Is 42,1-7). Elección y unción, misión y catolicidad caracterizan al Siervo de YHWH. El oficio de Siervo es elección divina y Dios mismo presenta a su elegido y dialoga con él. “Tú, Israel, siervo mío; Jacob, mi elegido; estirpe de Abraham, mi amigo. No temas, estoy contigo; no te angusties, yo soy tu Dios” (Is 41,8-9). La presencia de Dios a su lado, y la asistencia de su Señor y Amigo con su diestra poderosa, sostendrán al Siervo en su ministerio, de la misma forma que la presencia viva y operante de Cristo junto a su Iglesia la sostendrá en su misión. “Id... Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”(Mt 28,18-20).

La elección y la unción aparecen en función de la misión, una misión que rompe las estrechas fronteras de Israel y se abre a todos los pueblos. Ungido por el Espíritu, el misterioso siervo de YHWH, mediador de las promesas divinas, “es constituido en alianza para el pueblo y en luz para las naciones”.

Tal como acentúa la interpretación colectiva de la figura del Siervo, el sujeto de la misión es el Pueblo de Dios. Y la Iglesia se sabe heredera de esta misión del pueblo de la primera alianza, transida ahora por la radical novedad del Resucitado. “Te enviaré a abrirles los ojos, para que pasen de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios; para que, por la fe en mí, reciban el perdón de los pecados y la herencia entre los consagrados” (Hch 26,17-18). Por iniciativa libre y amorosa de Dios, por su entrañable

misericordia, toda ella ha sido elegida y ungida por el Espíritu. Todos sus miembros, no sólo unos pocos, incorporados todos a Cristo por el bautismo, como un único cuerpo y pueblo, han sido hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo. Todos comparten, en variedad de ministerios, una única misión, que viene de su Señor¹⁶: “Te pondré como luz de las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra” (Is 49,6). “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14).

1. Para el Evangelio de Mateo, ser luz significa sencillamente obrar de tal modo que se dé gloria a Dios (Mt 5,14.16). La luz irradiada ha de remitir a su fuente. Mas la Iglesia ha aprendido de Jesús cómo el «a mayor gloria de Dios» suscita y sostiene un «a mayor vida del hombre», lo que dota de un significado nuevo a su diaconía¹⁷. “Jesús fue el hombre para los demás porque fue el Hijo para Dios; su servicio a los hombres hasta la muerte se alimentaba de la obediencia al Padre”¹⁸. Ni su vida, ni su pasión por el Reino, se comprenden al margen del teocentrismo radical de Jesús que deviene en un radical hacer suyo el compromiso «de Dios» a favor de la humanidad.

Ireneo lo sintetizó genialmente: “La gloria de Dios es que el hombre viva, y Dios es la vida del hombre”¹⁹. La misión se traduce, en definitiva, en un servicio liberador a la vida que sólo es real si la Iglesia reaviva constantemente su fidelidad al Dios que la convoca y envía. El Siervo “es constituido en alianza para el pueblo y en luz para las naciones, a fin de que abra los ojos a los ciegos y libere de la cárcel a los cautivos, de la prisión a los que habitan en tinieblas” (Is 42,6s). “El Espíritu de Dios está sobre mí, me ha ungido para anunciar la Buena noticia a los pobres, para proclamar la libertad a los cautivos, la vista a los ciegos, la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor....” (Lc 4,18-19; cf. Is 61,1-2).

Por eso, tal como recoge la *Evangelii nuntiandi*, la humanización es uno de los nombres de la evangelización²⁰. La Iglesia, dirá el Concilio, está al servicio de todo lo bueno que hay sembrado en el corazón y en la inteligencia del hombre; no sólo para que no se pierda, sino para que sea sanado, elevado y conducido a su plenitud “*ad gloriam Dei, confusionem daimonis et beatitudinem hominis*”²¹. Advirtiendo que el cristianismo no tiene la exclusividad de la bondad, conscientes de que la acción salvífica del Dios del

¹⁶ Cf. *Lumen gentium* 31; *Apostolicam actuositatem* 2-6.

¹⁷ No en vano, la perícopa sobre la luz concluye el episodio de las bienaventuranzas mateanas. Sólo viviendo el espíritu de las bienaventuranzas la Iglesia es sal y luz. Los discípulos deben tomar conciencia de lo que son y de lo que tienen que significar para el mundo.

¹⁸ R. Blázquez. o.c. 83. Cf. H. Schürmann, *El destino de Jesús: su vida y su muerte*, Sígueme, Salamanca 2003.

¹⁹ Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 4, 20, 7 [Sch 100/2, 648].

²⁰ Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 18.

²¹ *Lumen gentium* 17. cf. *Ad gentes* 9.

Reino y la gracia desbordan la acción de la Iglesia²², ésta ha de saber ejercer su diaconía al servicio de todo lo humano: a veces, aprendiendo de las semillas del Verbo latentes en una humanidad que Dios no ha dejado de su mano; otras, sirviendo en silencio junto a otros, sin alzar la voz, como el Siervo, pero atentos “para que la caña cascada no se quiebre, ni el pábilo vacilante se apague” (Is 42,3).

2. Este proceso humanizador quedaría incompleto, no obstante, si se priva al hombre del Nombre de Aquel que es su Vida con mayúscula²³. Sólo desde el Misterio de Cristo, sólo desde el Misterio del Verbo Encarnado, Siervo de YHWH, se ilumina en su plenitud el misterio de lo humano²⁴, su vocación última y su destino. “Fuera de Él no hay otro nombre en el que podamos salvarnos” (Hch 4,12). Él es quien, con su Espíritu, sana, eleva, perfecciona. En definitiva, la vida y la misión de la Iglesia no es otra cosa que comunicar a Cristo, unir a los hombres «en» Cristo y «a» Cristo. He ahí el sentido último de su diaconía, de su predicación, de su misma vida comunitaria y sacramental.

En un contexto social que parece querer retomar el viejo paradigma que identificaba a Dios con una proyección «monótono-teísta»²⁵, enemiga del hombre y su progreso, la Buena Noticia a ofrecer es que Dios y el hombre no son rivales, ni son una alternativa; al contrario, Dios es la vida y la felicidad del ser humano. La Iglesia está llamada a ser sacramento de esta realidad, testigo y heraldo de esta Buena noticia, institución de salvación. Su lucha por la justicia, la libertad y la solidaridad entre los hombres nace de ahí, y la fecundidad de la misma depende de su sacramentalidad salvífica. A su vez, deberá testimoniar cómo la verdadera autonomía y libertad humana se alcanzan no encerrándose en la propia finitud, sino trascendiéndose. Dios se ha implicado hasta el extremo en la vida del hombre. Su amor precede, suscita y funda el gozo pleno del hombre, y la vida de éste es Su gloria.

La Iglesia se sabe elegida, ungida, enviada, pero es consciente de que no brilla con luz propia. Sólo Cristo es la verdadera «lumen gentium», luz de las gentes. Una de las imágenes preferidas de la Iglesia de los Padres fue la del «mysterium lunae». La Iglesia es luz de luz, cuyo resplandor no es más que reflejo de algo que ha sido recibido.

²² Cf. DS 2429.

²³ Cf. Pablo VI, *Evangelii nuntiandi* 22.

²⁴ Cf. *Gaudium et spes* 22.

²⁵ Cf. F. Nietzsche, *El Anticristo* 19. Anticipando la negación posmoderna de todo metarrelato, Nietzsche vio en la idea de un Dios único la mayor amenaza para la Humanidad hasta el presente. En cuanto principio de todo totalitarismo e intolerancia, marca la historia desde la obsesión idolátrica de lo Uno, degenerándola en “una historia de intransigencia extenuante, de empobrecimiento de lo humano, de asfixia de la voluntad creadora, de conformismo perezoso, de enfermedad monista”. S. del Cura, ‘Monoteísmo (in)tolerancia y nuevas mitologías’, en F. García – J.I. Tellechea (eds.), *Tolerancia y fe católica en España*, Salamanca 1996, 119. No es difícil encontrar, aunque de una manera más visceral que intelectual, estos mismos planteamientos en muchos de los actuales críticos de la religión. Cf. R. Rémond, *Le nouvel anti-christianisme*, DDB, Paris 2005; M. Onfray, *Tratado de ateología*, Anagrama, Barcelona 2006.

Como la luna en medio de la noche, así la Iglesia ilumina nuestro mundo con la luz recibida de su Señor. Mas, como la de la luna, es una luz débil, que en su gravitar en torno al Sol, a veces roza el ocaso para renovarse vitalmente y ser de nuevo luz. “Ésta es una tarea que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible si, expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos”²⁶.

2.1.2. ...“de las naciones”. La Iglesia, sacramento universal de salvación

Esta luz está al servicio de la salvación de todas las naciones. La misión de la Iglesia es universal y su destinataria es la humanidad entera. Esta catolicidad implica una tarea y un «estilo». Por eso, la universalidad no puede ser comprendida sólo en un sentido geográfico. Más bien se trata de una catolicidad «existencial» que apunta a la realidad humana en su integridad. Toda ella es destinataria de la plenitud de vida de Cristo que Él mismo quiere comunicarle a través de su Iglesia.

Si la misión de la Iglesia se dirige a todo hombre y mujer para resolverse en un encuentro salvífico con ellos, resulta obligado pensar que la misión ha de tener en cuenta toda la densidad ontológica del ser humano, toda su hondura, todo aquello que la configura en su historia, su cultura, su psicología, su realidad. Nos lo recuerda el Concilio: “Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”²⁷.

De la misma manera que Cristo Jesús no es una especie de salvador gnóstico que redime al mundo al margen del mundo y de lo humano, la Iglesia no puede acontecer de otro modo que descendiendo kenóticamente al interior del mundo y de la humanidad²⁸. Este «descenso» supone un cierto desnivel entre la Iglesia y el mundo, consecuencia de su sacramentalidad. La condición de sacramento no es una conquista eclesial, ni un propósito loable, sino un don de Dios en aras de la misión, que supone cercanía significativa y trascendencia. Hay «algo» que la Iglesia media y significa para los hombres y que pertenece al ámbito del don, no de la conquista. La salvación que ofrece no es suya, sino de Dios. Sin embargo, no hemos de olvidar que el Concilio no habla de «la Iglesia y el mundo», sino de «la Iglesia *en* el mundo». Como Pueblo de Dios

²⁶ Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 54.

²⁷ “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”. *Gaudium et spes* 1.

²⁸ Son significativas al respecto las palabras de M. Chenu: “El mundo ya no gira alrededor de la Iglesia, madre y maestra, sino que la Iglesia gira alrededor del mundo. La Iglesia sale de sí misma para hallar su identidad, es misionera, no por una expansión adicional hacia fuera, sino por un interno desprendimiento de su *cristiandad*”. Citado por R. Velasco, *La Iglesia de Jesús*, Verbo Divino, Estella 1992, 293.

forma parte de la historia humana. Por tanto, no se puede contraponer sin más Iglesia y humanidad como «Iglesia y No-Iglesia»²⁹. Todo lo humano le afecta. Peregrina en el mundo, solidaria con el género humano y su historia, la Iglesia avanza juntamente con toda la humanidad³⁰. Entrañablemente humana, transida por el Espíritu, pero tejida de elementos muy humanos que ahuyentan el fantasma del monofisismo eclesial, la Iglesia es la porción de la humanidad salvada y reconciliada, que se ha hecho consciente del designio de Dios sobre ella y lo acepta. La misión no puede olvidar esta doble significatividad: el valor del mundo para la Iglesia, y lo que la Iglesia significa y está llamada a significar para el mundo.

Esa luz se dirige no sólo a todo lo humano, sino a todo humano, a todo hombre y mujer, a toda la humanidad. Desde el momento que con la encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a cada hombre, nadie puede ser excluido de nuestro amor. "Nadie es extraño a su corazón. Nadie es indiferente a su ministerio. Nadie le es enemigo, a no ser que él mismo quiera serlo (...) Por eso, la Iglesia tiene un mensaje para cada categoría de personas: lo tiene para los niños, lo tiene para la juventud, para los hombres científicos e intelectuales, lo tiene para el mundo del trabajo y para las clases sociales, lo tiene para los artistas, para los políticos y gobernantes, lo tiene especialmente para los pobres, para los desheredados, para los que sufren, incluso para los que mueren. Para todos"³¹. Desde aquí se ilumina la misión «ad gentes» y desde aquí se ilumina la opción preferencial por los pobres, no como un añadido a la misión, sino como una dimensión constitutiva de la misma, el crisol donde se comprueba la fidelidad de la Iglesia a su Señor³².

Enviada al mundo y perteneciente a Cristo, la misión de la Iglesia se juega así en una doble fidelidad, la fidelidad a Dios y a lo humano, y se apoya en una fidelidad: la fidelidad de Dios a lo humano. No es de extrañar, por tanto, que el Vaticano II describiera el ser y la misión de la Iglesia con la categoría de sacramento. Ella es sacramento universal de salvación³³, sacramento de unidad³⁴, sacramento del mundo, sacramento de Jesucristo.

²⁹ "Hay, dicho sea de paso, mucha «No-Iglesia» en la vida de los que pertenecen a la Iglesia y mucha «Iglesia» en la vida de la humanidad en su conjunto". E. Schillebeeckx, 'La Iglesia y la Humanidad': *Concilium* 1 (1965) 79.

³⁰ *Gaudium et spes* 1; 40.

³¹ Pablo VI, *Ecclesiam suam* 90.

³² "Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado que beber; fui forastero y me habéis hospedado; desnudo y me habéis vestido, enfermo y me habéis visitado, encarcelado y habéis venido a verme» (Mt 25,35-36). Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como Esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia" Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte* 19.

³³ Cf. *Lumen gentium* 48; *Gaudium et spes* 43; 45; *Ad gentes* 5.

³⁴ *Sacrosanctum concilium* 26.

1. En cuanto sacramento, está llamada a ser «*signo*». No sólo abre a otros a ese Misterio de amor que nos precede, sino que ella misma se entrega a Él, y se presenta como Iglesia salvada graciosamente por Dios. Por eso, la Iglesia tiene de cara al mundo la vocación teológica de signo; debe ser expresión mesiánica de la salvación querida por Dios para toda la humanidad y vivir ya lo que el mundo está llamado a ser. Ella tiene que manifestarse como «humanidad reconciliada» para ser realmente «sacramento, signo de salvación en el mundo»³⁵. Al carácter del signo pertenece, tal como subraya la encíclica *Deus caritas est*, ser comunidad de amor, manifestación del amor trinitario³⁶. Si la Iglesia quiere ser signo, ha de imponerse, en sus estructuras y en su dinamismo propio, el servicio a la caridad. «El Espíritu, alma de la Iglesia, será la fuerza que transforma el corazón de la comunidad eclesial para que sea en el mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer, en su Hijo, una sola familia»³⁷. Las descripciones de la Iglesia en *Hechos* dan fe de la importancia del signo para la evangelización (Hch 2,47; 4,33; 5,13).

2. En cuanto sacramento, la Iglesia, dejándose conducir por la mano de Dios, deviene «*instrumento*» al servicio de la salvación de los demás y al servicio del Reino, al cual está subordinada, y del cual es germen y comienzo³⁸. Como sacramento, comprometiéndose en la tarea de la unidad de la humanidad, está llamada a ser medio eficaz para la realización del plan de Dios y la instauración en la tierra de su Reinado. Ella ha sido querida por Cristo para que sirva a su Espíritu, quien se vale de la propia Iglesia para crear el Cuerpo de Cristo³⁹.

En consecuencia, la Iglesia encarna la salvación mesiánica de Cristo, que se derrama desde ella sobre el mundo entero. Conviene advertir que, tanto al signo, como al instrumento, les pertenece el ser comunión (otra de las grandes claves eclesiológicas del concilio). El actuar ministerial-sacramental de la Iglesia debe ser el correspondiente a una Iglesia comunión y derivarse de ella. Desde aquí, se ilumina la misión de la Iglesia en esa triple concepción, ya tradicional, de la misma: la vida de la comunidad, la nueva evangelización en las sociedades que fueron tradicionalmente cristianas, y la misión «ad gentes». Desde aquí se ilumina el dinamismo de una Iglesia que celebra su fe, que escucha, anuncia y comparte la Palabra, que sirve y se hace solidaria, hermana y servidora de los más pequeños, que testimonia, en definitiva, con su vida, el amor de Dios.

³⁵ *Gaudium et spes* 43f.

³⁶ Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

³⁷ Benedicto XVI, *Deus caritas est* 19.

³⁸ Cf. LG 5. Sobre la relación Iglesia-Reino puede cf. S. Pié i Ninot, *Eclesiológia*, Sígueme, Salamanca 2007, 227-234, con la bibliografía allí indicada.

³⁹ Cf. LG 8. Véase S. Pié i Ninot, *o.c.*, 243-253.

3. No debemos detenernos en el signo. Una Iglesia volcada en sí misma se traiciona a sí misma. “La única razón de su existencia, dirá de Lubac, es ponernos en comunicación con Él”. “La Iglesia tiene la única misión de hacer presente a Jesucristo a los hombres. Ella debe anunciarlo, mostrarlo y darlo a todos. Todo lo demás, digámoslo otra vez, no es más que sobreañadidura. Lo que Cristo es para nosotros, es menester que lo sea por medio de nosotros”⁴⁰. Lo que Cristo quiere ser para nosotros, en esa dinámica del «ya pero todavía no», lo vivimos sacramentalmente anticipado y proclamado en la Iglesia, servidora y sacramento de la vocación última de la Humanidad: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”⁴¹. “Nuestro gozo será pleno cuando gocemos del Dios uno y trino que nos creó a imagen y semejanza suya”⁴².

De ahí la necesidad de la Iglesia. Emociona el testimonio de P. de Lubac: “Si el mundo perdiera la Iglesia, afirmará, perdería la Redención”⁴³. “El que, cediendo a las sugerencias de un falso espiritualismo pretendiera desembarazarse de la Iglesia... acabaría muy pronto por abrazarse con el vacío o terminaría por entregarse a dioses falsos”⁴⁴. “Puede suceder, añade, que nos desilusionen muchas cosas que forman parte de la contextura humana de la Iglesia. Como también, sin que tengamos la menor culpa, seamos profundamente incomprendidos en ella. Y lo que es más, puede darse el caso de que tengamos que padecer persecución en su seno. No es un caso inaudito, aunque hemos de evitar el aplicárnoslo presuntuosamente. Y si el caso se diera, sepamos que lo que más vale es la paciencia y el silencio amoroso. No tendremos que temer el juicio de los que no alcanzan a ver el corazón; y estaremos seguros de que nunca la Iglesia nos da mejor a Jesucristo que en estas ocasiones en las que nos brinda la oportunidad de ser configurados a su Pasión”⁴⁵.

2.2. Modo y contenido de la misión: “Varón de dolores”

No sólo importa ser buena noticia, ser luz, sino «cómo» se es luz y buena noticia. Hay un indicativo a lo largo de toda la Historia de Salvación que constituye un gozoso imperativo para la comunidad eclesial: lo trascendente se revela en lo humilde. El hecho de que Jesús lo encarnase en sí mismo, asumiendo la figura del Siervo, desvela que el «cómo» no es un ornato o un añadido a la misión, sino una dimensión constitutiva de la misma. El «cómo» pertenece también al «contenido» de la misión.

⁴⁰ H. de Lubac, *o.c.*, 176.

⁴¹ Agustín de Hipona, *Confessiones* 1, 1 [CCL 27, 1, 6].

⁴² Agustín de Hipona, *De Trinitate* 1,8,18 [CCL 50, 52, 130].

⁴³ Cf. H. de Lubac, *o.c.*, 164.

⁴⁴ *Ib.*, 165.

⁴⁵ *Ib.*, 171. Cf. Ap. 12, 1-4.

2.2.1. Si eres la Iglesia de Dios...

A este respecto, considero especialmente revelador el episodio de las tentaciones de Jesús (Mt 4,1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13). Ungido por el Espíritu para la misión, Jesús es conducido al desierto. Allí padecerá una verdadera lucha interior con la misión de fondo frente a las desviaciones que se presentan con la apariencia de su verdadero cumplimiento⁴⁶.

1. Si eres Hijo de Dios, si eres el Siervo Elegido, que las piedras se conviertan en pan... ¿Qué se opone más a la fe en un Dios bueno que el hambre de la humanidad? La tentación es clara y sugerente: utilizar a Dios, utilizar la propia fuerza, para convertir las piedras en pan, pues el hambre aprieta a la gente. Dice el Papa a propósito de este texto: "Si eres Hijo de Dios... ¿No se deberá decir lo mismo a la Iglesia? Si quieres ser la Iglesia de Dios, preocúpate ante todo del pan en el mundo, lo demás vendrá después"⁴⁷. Pero ¿no es acaso el corazón del hombre lo que hay que transformar primero, como causa última del hambre y la injusticia en el mundo? Si las necesidades del mundo y sus expectativas se convierten en el criterio último de discernimiento de la misión, llegaría la hora en que la Iglesia nada tendría que aportar de propio, esclava de lo que en un momento u otro se demande o solicite de ella. "¿Qué libertad es esa que se compra con pan?", dirá Dostoievski, en los *Hermanos Karamazov*, comentando este texto.

La respuesta de Jesús al dilema planteado hay que buscarla en el conjunto de su vida y de su actuación, y dista mucho de constituir una excusa para desentenderse de los dramas de nuestro mundo. El capítulo sexto del evangelio de Juan es revelador. Jesús no sólo ofrece pan al pueblo hambriento que le escucha, manifestándose como anfitrión de un banquete de vida, él mismo se hace y se ofrece como pan, un pan vivo que será entregado y partido por todos, como nos recuerdan los sinópticos al hablar de la institución de la Eucaristía.

Hay un salto cualitativo entre «dar» pan y «hacerse» pan. Por eso, la comunión que establece el memorial eucarístico entre los invitados a la mesa y Jesús requiere también la participación en su suerte: la suerte del Siervo Doliente⁴⁸. Al celebrar la Eucaristía, la Iglesia se reconoce a sí misma naciendo de la vida entregada de Jesús y, configurada con Él, enviada a la entrega de la propia vida para manifestar el amor y el cuidado de Dios por todos los hombres. La fracción del pan le obliga, de esta forma, a hacerse un solo pan con Cristo, un pan partido, un cuerpo entregado, una sangre

⁴⁶ Cf. J. Ratzinger, Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Esfera, Madrid 2007, 49ss.

⁴⁷ Ib., 56.

⁴⁸ Cf. B. Forte, *La Iglesia de la Trinidad*, Secr Trin, Salamanca 1996, 133.

vertida. El vínculo entre el Siervo y la Cena no es accidental, sino que forma parte del sentido mismo del banquete eucarístico. En virtud de la fraternidad en el convite, en virtud de la asociación de la Iglesia al propio sacrificio de su Señor, “la comunidad eucarística comulga con la suerte del Siervo, haciéndose también ella sierva: comiendo el cuerpo-dado tiene que hacerse, por la fuerza que éste le comunica, cuerpo-eclesial-dado, cuerpo-para-los-demás, cuerpo-ofrecido-por la muchedumbre. En el memorial pascual la Iglesia nace como pueblo-siervo, comunidad de servicio, Israel de cumplimiento, llamado a ser instrumento de reagrupación de todos los pueblos”⁴⁹.

De ahí la importancia de la orden de hacer lo mismo «in memoria» del Señor. Más allá de la mera repetición ritual del gesto, “*anunciar la muerte del Señor hasta que venga*” comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida para que toda ella llegue a ser en cierto modo «eucarística»⁵⁰.

2. La segunda tentación es la del Templo. Se le recuerda a Jesús el salmo 91,11s, que habla del cuidado de Dios al hombre justo y fiel. La tentación toca donde duele a la más profunda conciencia del Hijo: la confianza en Dios, su Padre. Se trata de forzar a Dios para que actúe, que se muestre con su poder... Hay que convencer al mundo de la verdad del Evangelio, y la gente, la Iglesia, se pregunta en medio de dificultades: ¿está Dios o no está con nosotros?

La respuesta de Jesús es clara: ¡No tentarás al Señor tu Dios” (Mt 4,7). Frente a los que buscan seguridades, frente a los que pretenden disponer de Dios e imponerle sus condiciones, Jesús no presentará más signo que su vida abierta, dirigida hacia los otros, en paso firme hacia el Calvario. De un Dios instrumentalizado a un Dios negado no hay más que un paso. La verdad de la fe no se impone, se propone, se ofrece en un campo de amor y confianza.

Bajo la apariencia de la más absoluta prueba de confianza (“lánzate abajo”) se esconde el recelo, la búsqueda de seguridades que convierte la fe en una ideología, un saber que lo resuelve y soluciona todo, que no duda, que no deja espacios al Misterio; que convierte a la Iglesia en un refugio fácil ante la amenaza del relativismo y la pluralidad. Basta con identificarse con una institución, unos roles, planes, normas, prácticas, símbolos. Cuando se desconfía de todo y de todos, el dogmatismo y el rigorismo se ofrecen como panes que dan seguridad. Se entra así en una dinámica peligrosa. La fe no puede crecer «en oposición a», sino por su interna verdad.

⁴⁹ B. Forte, *o.c.*, 133s.

⁵⁰ Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia* 20. Así lo comprendió el evangelio de Juan que sustituyó el episodio de la institución de la Eucaristía con el relato del lavatorio de los pies, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio.

Otros caerán en la búsqueda fácil del aplauso, aunque ello suponga renunciar a lo más propio. En esta línea se sitúa el llamado «ateísmo eclesial» que acepta omitir o encubrir los aspectos más paradójicos de la existencia cristiana y resaltar únicamente los aspectos más plausibles por la mentalidad del ambiente, aceptando incluso una nueva misión a cambio de su pervivencia o legitimidad social, bien sea ética o estética. En el límite extremo se elude o deja al margen la propia realidad del Misterio de Dios, sustrayendo su verdad al prójimo. Pero, si el nombre Dios termina convirtiéndose en algo sustituible o intercambiable sin más, terminará lógicamente siendo sustituido. En este supuesto, el cristianismo no dejará de ser una realidad antropológicamente significativa, pero no reclamará conversión, ni fe, ni esperanza, ni caridad⁵¹.

El salto que dará Jesús será otro muy distinto. Cristo no tienta a Dios, no salta al abismo, tampoco bajará de la cruz cuando se le exija el salto definitivo⁵², pero, como Siervo Sufriente de YHWH, desciende al abismo de la muerte, a la noche infernal del abandono, al desamparo de los indefensos. Se ha atrevido a dar este salto como acto de amor a Dios por los hombres. No hay mayor expresión de confianza que la total expiación de sí. Ahí se revela el sentido último del salmo 91.

3. Llegamos a la tercera tentación. “Adórame y dominarás el mundo”. ¿Qué mejor forma, en aras de ser eficaz, de ser luz de las naciones? Es la tentación fácil de búsqueda de poder (político, social, militar...) y de privilegios, incluso en aras de la evangelización. El poder viene en ayuda de la debilidad de la fe. Y es que asusta la debilidad. Hoy, en medio de críticas, en medio de la metamorfosis de lo religioso que vive nuestra sociedad, no somos ajenos a la tentación del desencanto, del derrotismo, de la indiferencia. El Concilio nos recuerda el deber de renunciar a cualquier derecho, incluso legalmente adquirido, si empaña la pureza del testimonio evangélico⁵³. “La fusión entre fe y poder político tiene un precio: la fe se pone al servicio del poder y debe doblegarse a sus criterios”⁵⁴.

Al final del Evangelio, Jesús aparecerá en lo alto de un monte revestido de poder, poder del cielo y de la tierra (Mt 28, 18). Pero la subida al monte del Resucitado presupone el otro monte: el Gólgota. En el patio del Enlosado, el pueblo discierne entre dos modelos mesiánicos: Jesús y Barrabás. ¿Qué debe hacer un salvador del mundo?

⁵¹ Cf. S. del Cura, ‘Realidad de Dios y propuestas pastorales: «etsi Deus (non) daretur»’, en M. A. Pena-A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *Gozo y esperanza*, UPESA, Salamanca 2006, 264; O. González de Cardedal, ‘La Iglesia en España’, en Id (ed.), *La Iglesia en España 1950-2000*, PPC, Madrid 1999, 237ss.

⁵² No me resisto a incluir el comentario de Dostoievski: “Tú no bajaste de la cruz... Tú no descendiste, tampoco, porque también entonces rehusaste subyugar al hombre por el milagro y estabas ansioso de fe libre... De haberle estimado menos, menos le habrías exigido”.

⁵³ *Gaudium et spes* 76. “Si la Iglesia, como sierva del Señor, no puede querer glorificarse a sí misma, entonces tampoco será propio de sus hijos el tejer para ella coronas terrenales, con las cuales no sabe la Iglesia qué hacer en este tiempo del mundo”. H. U. von Balthasar, *Ensayos Teológicos, II: Sponsa Verbi*, Guadarrama, Madrid 1964, 35.

⁵⁴ J. Ratzinger, *Jesús...*, 65.

2.2.2. Una respuesta nada fácil: Hacerse Siervo

Jesús renuncia a aquellas fuerzas capaces de cautivar y seducir al hombre para cumplir su misión. Rechaza la solución fácil del pan, la tentación del poder como arma evangelizadora, la búsqueda fácil de seguridades. Su libertad nace de la confianza y la comunión con Aquel que es su roca. La raíz de su libertad no es otra que la conciencia de depender sólo y totalmente del Padre. Ése es su secreto y su fuerza.

Su camino será el de la entrega, hasta el punto de consentir que sea aplastada su propia persona en el cumplimiento de su misión (cf. Is 52,13-53,12). No hay amor más grande que dar la vida (Jn 15,13). Por eso, su proexistencia llegará hasta el final. Despreciado por todos, herido de Dios a los ojos del pueblo, sometido a un juicio inicuo que acepta como cordero llevado al matadero, su muerte no es un castigo divino. Al contrario, a través suyo, paradójicamente, “triunfará el plan del Señor”. Él cargará con los sufrimientos de otros, para su curación y su paz. Por eso, será glorificado, tendrá descendencia, prolongará sus días.

La Iglesia, como Jesús, está llamada a vivir su identidad y su misión en una doble expropiación de sí: hacia Dios, quien la envía y de quien procede, y hacia la humanidad, a la que es enviada; hacia Dios, su fuente, y hacia la humanidad, su encargo. De la misma manera que el Hijo de Dios se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo (Flp 2,5ss), de la misma manera que si el grano de trigo no muere no puede dar fruto (Mc 8,34ss), la Iglesia encuentra su vida en esta renuncia y en esta entrega. En palabras del cardenal K. Lehmann: “la Iglesia tiene que negarse a sí misma hasta la muerte en cruz, si quiere mantener la forma interna de Jesucristo”⁵⁵.

Se ha dicho que la dificultad de la Iglesia durante estos siglos ha sido encontrar su lugar propio al servicio de Dios, de Cristo y del hombre, sin absolutizarse ni convertirse en una realidad autosuficiente, pero sin relativizarse hasta el punto de no cumplir la misión encargada. “Entre la autodivinización, por la que la Iglesia suplanta a Dios, entre el suicidio espiritual, por el que la Iglesia renuncia a su misión, existe un camino intermedio: el camino de la kénosis confiada, sufrida primero y glorificadora después, el servicio humilde que se mantiene en alto por la palabra proferida y por la vida entregada”⁵⁶.

Desde el principio, la Iglesia se autocomprendió como Cuerpo de Cristo, pero no olvidemos que el Cuerpo de Cristo, incluso en su Humanidad Resucitada, es un Cuerpo llagado que aún conserva los signos palpables de su entrega hasta el final (Jn 20,24-

⁵⁵ Citado por R. Blázquez, o.c., 85.

⁵⁶ O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, Secr Trin, Salamanca 1997, 249s.

29). No hay configuración con el Cuerpo Glorioso de Cristo que no pase por la cruz, por hacerse Eucaristía, misterio de unidad y entrega. Es menester, decía Orígenes, que todo cristiano lleve en sí mismo un holocausto y que él mismo le prenda fuego⁵⁷.

Es cierto que seguimos viviendo la salvación de Dios en camino de humildad y pobreza. No es evidente. Y uno tiene la tentación de preguntarse: ¿para qué ha servido si todo sigue igual? ¿qué mesianismo es éste que no nos ha traído la edad de oro? ¿eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro? (Mt 11,3). “La respuesta es muy sencilla. Ha traído a Dios: ahora conocemos su rostro, ahora podemos invocarlo, ahora conocemos el camino que debemos seguir como hombres en este mundo. Ha traído a Dios, y con Él, la verdad sobre nuestro origen y nuestro destino; la fe, la esperanza, el amor”⁵⁸. “El poder de Dios en este mundo es un poder silencioso, pero constituye el poder verdadero, duradero. La causa de Dios parece estar siempre como en agonía. Sin embargo, permanece como lo que verdaderamente permanece y salva”. No hay mayor gloria que la del amor humilde y confiado capaz de dar la vida (Jn 10,15; 13,1.15, 15,13).

3. ANEXO. ALGUNOS RETOS EN UN MUNDO DIFÍCIL. BREVES ANOTACIONES PASTORALES

A lo largo de esta reflexión, he querido sencillamente ofrecer unas pistas que nos acerquen a los fundamentos de la misión, al contenido de la misma y al estilo con el que la Iglesia debe afrontar la vocación para la que ha sido elegida y ungida. Quisiera finalizar, a modo de anexo, presentando dos retos a afrontar para que la Iglesia, Sierva de Dios, pueda ejercer, en camino de humildad y servicio, su diaconía. Veamos.

1. *La apuesta por un diálogo esperanzado con la sociedad.* No siempre es fácil; sobre todo, según el contenido que se dé a la bandera de la laicidad, tan en boga hoy. Pero quizá por ello, urge recuperar el espíritu de *Ecclesiam suam*, la llamada de Pablo VI a hacer del diálogo el itinerario para la misión⁵⁹, diálogo que traduce la actitud de Dios con el hombre, diálogo hecho de escucha amorosa y anuncio firme del «sí» de Dios a la humanidad⁶⁰.

“El cristianismo, [advertía el papa Benedicto XVI en los previos a su viaje apostólico a Alemania] no es un cúmulo de prohibiciones, sino una opción positiva. Es

⁵⁷ *In leviticum*, hom. 9, n. 1,2,8,9. citado por H. de Lubac, o.c., 114.

⁵⁸ J. Ratzinger, *Jesús*, o.c., 70.

⁵⁹ Cf. Pablo VI, *Ecclesiam Suam*, 54ss; Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25.

⁶⁰ Hay que advertir que el diálogo no recorta ni limita el anuncio del Evangelio ni la fidelidad a su verdad. Signo e instrumento de comunión y reconciliación, no se limita a confrontar ideas sino que implica un don total de sí. El diálogo para la Iglesia no sólo es un medio, sino un modo de desarrollar su acción en el mundo contemporáneo. Cf. Juan Pablo II, *Reconciliatio et paenitentia* 25.

muy importante que esto se vea nuevamente, ya que hoy esta conciencia ha desaparecido casi por completo. Hemos oído hablar tanto de lo que no está permitido que ahora hay que decir: tenemos una idea positiva que proponer⁶¹. Éste uno de los grandes retos del cristianismo hoy: mostrar la alegría de ser cristiano, su grandeza, su belleza, su atractivo⁶². La «kénosis» y la alegría profunda que brota del saberse inmerso en el amor de Dios no están reñidas. Se implican⁶³. Ello no quita ni anula la denuncia profética siempre que la verdad del hombre y de Dios se ven amenazadas, pero la sitúa en un contexto salvífico mayor. No hay paridad entre «anuncio» y «denuncia». Los «noes» de la Iglesia se sustentan en un «sí» mayor de Dios, del cual la Iglesia es sacramento, lo que nos impide anclarnos en un constante anatema o conflicto frontal con el mundo y las instituciones, manejados a veces por la agenda de las objeciones que nos presenta la sociedad. Con humildad creo que esto termina fatigando y agotando, cuando no desvirtuando el mensaje e inmunizando al mundo contra la verdad del Evangelio.

Esta apuesta se sustenta en una mirada positiva y esperanzada sobre el ser humano y la existencia, que permite encontrarnos con Dios no sólo en clave de indigencia y miseria, sino de gozo y plenitud. Dios no se manifiesta primariamente como negación, sino como «fundamentación»⁶⁴. No sería justo, por otra parte, aunque percibamos con dolor y lucidez las dificultades de la misión, poner en duda la fidelidad de Dios «en» nuestra época y «a» nuestra época. Nuestro tiempo es tiempo de Dios y para Dios. «No sabemos si el camino del hombre contemporáneo desemboca en Dios, pero lo que sí sabemos es que el camino del Dios vivo ha desembocado irrevocablemente en el hombre»⁶⁵.

2. Frente al indiferentismo, *la propuesta de arraigo y fundamento, el redescubrimiento de la significatividad de Dios* para las esperanzas y anhelos fundamentales de la vida humana y del mundo⁶⁶.

⁶¹ *Ecclesia* 3326 (2006) 1318.

⁶² "Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas (...). Y ojalá que el mundo actual pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo, y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo". Pablo VI, *Evangelio nuntiandi* 80. Cf. su exhortación sobre la alegría cristiana, *Gaudete in Domino*.

⁶³ Cf. Pablo VI, *Gaudete in Domino* III.

⁶⁴ Cf. X. Zubiri, *El hombre y Dios*, Alianza, Madrid 1984, 344.

⁶⁵ O. González de Cardedal, *La entraña del cristianismo*, 104.

⁶⁶ Debemos advertir que significatividad no equivale a «funcionalidad». No podemos situar a Dios en el orden de nuestras necesidades inmediatas, deseos o representaciones. De un Dios utilizado a negado no hay más que un paso. Dios no es «algo», sino «alguien». No puede ser pensado ni anunciado en criterios de utilidad sino en clave de encuentro y relacionalidad, de amor y gratuidad.

Se ha dicho que el drama actual es que el hombre ha olvidado que ha olvidado a Dios. Y su ausencia no es ausencia⁶⁷; otros prefieren hablar de metamorfosis de lo religioso Sea como sea, la tentación del indiferentismo o del derrotismo está ahí, pero también, la llamada de una humanidad que nos interpela a discernir y a clarificar nuestros proyectos y a ofrecerle lo más nuestro, confrontados con esa necesidad básica de arraigo y fundamento, capaz de configurar humanamente toda existencia.

La Iglesia del presente y de los próximos años, si realmente quiere servir a la humanidad, tendrá ser una Iglesia que se centre en lo substancial y en lo permanente, y ser sacramento de la significatividad existencial de Dios para la vida del hombre. Ahí apunta su diaconía, su predicación, su liturgia. Por más que Dios esté a nuestro lado, si nadie lo nombra, lo invoca, lo anuncia, poco a poco nos iremos alejando de él, poco a poco aprenderemos a vivir sin Él. Y entonces “¿adónde iremos?” (Jn 6, 68). Por eso, la misión de la Iglesia se la juega en su capacidad de *crear espacios* donde educar, celebrar y vivir «coram Deo»», lo cual en palabras de Teilhard de Chardin implica⁶⁸:

1. *Concentración o reencuentro con la alegría del ser.* Descubrir la significatividad de Dios en la propia existencia, y cómo el misterio de Cristo ilumina el misterio y el destino de lo humano⁶⁹, implica experimentar el gozo de ser nosotros mismos, confrontados con nuestra pequeñez y con nuestro Misterio. No es tarea fácil, en medio de tantos ruidos. Por eso, educar la capacidad simbólica del hombre, la interioridad y la mirada contemplativa y creyente de la realidad, para descubrir el rastro y el rostro de Dios en la historia, constituyen retos ineludibles de toda tarea evangelizadora. En palabras de Bonhoeffer: “Quien no aprende a entrar dentro de sí y a escucharse en profundidad, no escuchará ni a Dios ni a los demás”⁷⁰.

2. *Descentramiento o la alegría del amar.* Interioridad no es intimismo. La auténtica espiritualidad es aquella que favorece los encuentros y que nos impele a descentrarnos y a atrevernos a hacer la aventura del «tú», la aventura de amar, de acoger y de dar-se, de hacernos hermanos y servidores de los más pequeños, de fundirnos con otros en el parto del Reino, de un mundo más fraterno. La Iglesia, llamada a ser «casa y escuela» de comunión⁷¹, puede ayudar a recuperar la hondura de la solidaridad

⁶⁷ Cf. G. Tejerina, 'De la necesidad y de la gratuidad de Dios. La fe y el testimonio en el tiempo de la indiferencia', en M. A. Pena - A. Galindo - J. R. Flecha (eds.), *o.c.*, 197-215.

⁶⁸ Cf. P. Teilhard de Chardin, *Sobre el amor y la felicidad*, PPC, Madrid 197, 82-89.

⁶⁹ *Gaudium et spes* 22.

⁷⁰ En esta línea se sitúa la personalización de la fe, frente a la mera asimilación de unos contenidos o roles marcados por la institución. Liberados de la obsesión por el número y la estadística, la misión requiere recuperar el estilo evangélico y sencillo del «tú a tú» de la fe, del acompañamiento, que busca sencillamente, provocar ese encuentro personal con Cristo Jesús en la comunidad cristiana.

⁷¹ Cf. Juan Pablo, *Novo millennio ineunte* 43, donde invita a la Iglesia a hacer suya una auténtica espiritualidad de comunión en fidelidad al designio salvífico de Dios, y en respuesta a las esperanzas del mundo.